

XVI-9c-2

GARIBALDI

Publicación anual de la ASOCIACION CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO

AÑO 2 Nº 2

MONTEVIDEO 1987

en este número:

GONZALO AGUIRRE
SALVATORE CANDIDO
GERMAN D' ELIA
LUCE FABBRI CRESSATTI
JOSE MONTALDO MARTINEZ
ADELA RETA
ALFREDO TRAVERSONI
GUIDO ZANNIER



"Infelici i popoli che aspettano il loro benessere dallo straniero!" José Garibaldi

MUSEO
HISTORICO NACIONAL
DONACION
D.G.T. XIV
Fol. 39

XVI-96-2
RPE 045738



ASOCIACION CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO

MIEMBROS DE HONOR

Ministra de Educación y Cultura Dra. Adela Reta
Embajador de Italia Dr. Tomaso de Vergottini

GARIBALDI

Director: Acad. Prof. Guido Zannier
Redactor Responsable: Carlos Novello
Florencio Sánchez 2724
Montevideo - Uruguay

LA ASOCIACION CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO

AGRADECE:

Al Ministerio de Educación y Cultura
A la Embajada de Italia en Uruguay
Al Ministerio de Relaciones Exteriores de Italia
Al Museo Histórico Nacional
Al Instituto Italiano de Cultura de Montevideo

por las diversas colaboraciones recibidas, que hicieron posible la actividad desarrollada por esta Asociación hasta el presente y la aparición de esta revista.



0501/3/1987

208431M

101A319A3

Se autoriza la reproducción total o parcial del material contenido en esta publicación, citando su procedencia.

Se terminó de imprimir en el mes de agosto de 1987 en los talleres gráficos de CBA s.r.l. Juan Carlos Gómez 1439.

Depósito Legal: 228.896/87



"L'assedio di Montevideo, quando meglio conosciuto ne' suoi dettagli, non ultimo conterà per le belle difese sostenute da un popolo che combattè per l'indipendenza, per coraggio, costanza e sacrifici d'ogni specie. Proverà il potere d'una nazione che non vuol piegare il ginocchio davanti alle prepotenze d'un tiranno; e qualunque ne sia la sorte, essa merita il plauso e l'ammirazione del mondo".

Giuseppe Garibaldi
(dalle sue "Memorie")

LOS ITALIANOS EN EL PLATA ANTES DE GARIBALDI

Luce Fabbri Cressatti

Hoy, vísperas del 20 de setiembre, no voy a hablar de la Brecha de Porta Pía, a pesar de que esta fecha siempre para mí ha tenido un significado personal de tipo afectivo, además del que tiene para todo el mundo, de representar el broche final del Resurgimiento y de simbolizar—sólo simbolizar—la victoria del libre pensamiento contra el dogma. El desfile ritual que ante la misma Brecha veía de niña, el 20 de setiembre, desde las ventanas de la casa romana de mi abuela en vía Nomentana constituye uno de mis recuerdos más remotos, así como la conmemoración del 20 de setiembre aquí, el primer año de mi estadía en el Uruguay, 1929, constituyó uno de los puntos de arranque de mi nueva vida, la demostración de que no había ninguna ruptura con la anterior, mientras, sí, había ruptura, en ése como en tantos otros aspectos, en la Italia de entonces, pues era ése el año del Tratado de Letrán, que restablecía el poder temporal de la Iglesia y borraba la fecha del calendario oficial, aunque no de la historia ni de la memoria.

Hablaré de otro tema, que, aun estando relacionado con la finalidad de nuestra asociación, sale del ámbito cronológico de la vida de Garibaldi, ámbito que corre el riesgo de agotarse, si hacemos de él el objeto exclusivo de nuestro estudio. Mis palabras de esta noche se referirán, pues, a los italianos que estuvieron en el Plata antes de Garibaldi. Su objeto es servir de introducción a otro tema, que será tratado ulteriormente: los italianos que recibieron y rodearon a Garibaldi, en Brasil y en el Plata, cuando llegó a estas tierras. Hay un tercer estudio que se puede hacer y seguramente se hará, sobre la herencia garibaldina en el Uruguay y, más en general, sobre los italianos en el Plata después de la Guerra Grande, tema estudiado por Carlos Rama, pero que es susceptible de ulteriores desarrollos, si se utiliza como fuente la prensa italiana, por momentos diaria, que salió en Montevideo y que se conserva en la Biblioteca Nacional. Un estudio, pues, en tres tiempos: la charla de esta noche quiere ser el primero.

El gran aporte inmigratorio, fundamentalmente español e italiano, en los países del Plata, se produjo, como todos saben, en las últimas décadas del siglo XIX y en los primeros quince años de este siglo: fue tan intenso y masivo que

cambió la estructura demográfica del Uruguay, de la Argentina y de parte de Brasil, transformando profundamente algunos aspectos de la mentalidad y de las costumbres, a la vez que, en otros, sufría un fuerte proceso de mimetización, adoptando como propias arraigadas tradiciones locales.

Mi tema se restringe a la inmigración italiana, que, si en ciertos períodos llegó a superar numéricamente a la española, en general se mantuvo en un segundo lugar y, en el Uruguay, por momentos, frente a la infiltración brasileña, en un tercero.

Presencia italiana, a decir verdad, hubo, aunque reducida, ya en la época colonial, desde los primeros años. Más aún: lo que la distingue es su carácter fundacional y, luego, continuativo, tanto que se puede decir que, en el Plata, la veta demográfica italiana, más que un aporte externo, es un elemento constitutivo y, por eso, menos visible. De ahí que un italiano, al llegar, nunca tenga la impresión de encontrarse en tierra extraña. Si es lícito citar, por segunda vez, una experiencia personal, diré que, cuando en 1928 salí de Italia, me sentí desterrada en Suiza, en Francia y en Bélgica, pero, al llegar al Uruguay, en cuanto superé la barrera idiomática, y aun antes, el síndrome del destierro desapareció.

De este carácter constitutivo y continuativo de la presencia italiana en el Plata quisiera, pues, hablar esta noche. Se trató siempre de una presencia silenciosa, rápidamente asimilada, que solo en el momento del gran aflujo ejerció una acción visiblemente transformadora, pero que siempre aportó algo, lentamente, desde adentro y desde abajo, amalgamándose sin dificultad con el substrato español. No hablaría de influjo cultural (lo hubo, pero solo en ciertos momentos). En general la inmigración italiana estuvo compuesta de trabajadores que trataban de ganarse el pan en un lugar menos abarrotado que su patria. Ellos han contribuido, en mayor o menor medida, según las circunstancias, a formar la materia prima, no inerte por cierto, de la cultura.

En otras palabras, el elemento italiano no es aquí un agente externo, sino una componente natural de una población de origen netamente europeo, casi sin indígenas y con una mínima contribución africana, una población que el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro clasifica como transplantada. Sin duda el italianismo es el factor principal de la originalidad lingüística rioplatense en el mundo hispanohablante.

Empecemos desde el principio.

La Gran Aventura Atlántica

El descubrimiento de América tiene lugar en el momento más "italianizante" de la historia cultural ibérica. Varios nombres italianos quedaron vinculados al proceso del descubrimiento de las regiones platenses: particularmente los de Vespucci y Gaboto. En la expedición de Magallanes, a la que remonta, según la tradición, el nombre de Montevideo, participaron, además de Pigafetta y León Pancaldo, otros numerosos y menos famosos italianos.

Luego de la paz de Cateau-Cambrésis (1559), la relativa simbiosis que se había establecido mucho tiempo antes entre el reino de Aragón y Sicilia, y, a mediados del siglo XV, entre Aragón y Nápoles, se hace más íntima con toda España y se extiende al Milanésado. Y he aquí que los italianos, de hecho, dejan de ser extranjeros en la España recién unificada (aun cuando, en la legislación, un catalán todavía era considerado extranjero en Castilla). Ya, en los comienzos de este proceso expansivo, en la corte de los Reyes Católicos, los humanistas Lucio Marineo Sículo, Pedro Mártire (uno de los primeros historiadores del descubrimiento) y Alejandro Giralдино consideraban a España como una segunda patria (1).

España, sin embargo, no admitía fácilmente a los extranjeros. Y en las colonias las restricciones legales eran aún mayores.

Al principio, en 1525, Carlos V concedió el permiso de viajar a las Indias Occidentales y de comerciar en ellas a todos los súbditos del Imperio Español (2). Y éste abarcaba entonces media Europa. Pero esta amplitud duró poco. Por una real cédula de 1549 se prohibía que recibieran encomiendas (tierras con dotaciones de indígenas obligados a trabajarlas) los que no pertenecían a los reinos de Castilla y León, **"lo cual —dice Solórzano en su Política Indiana— parece haberse fundado en que estos extranjeros están prohibidos de pasar a estas Indias por tantas Cédulas y particulares razones como en ellas se expresan: a que añade Baldo en casos semejantes otra, de que se teme y se procura evitar que no escudriñen y sepan los secretos"**(3).

Se podía, sí, adquirir la ciudadanía castellana a través de una "Carta Real de naturalización" o se podían conseguir licencias especiales para comerciar en las colonias o ejercer en ellas una actividad artesana especializada, pero todo esto estaba sujeto a muchas y difíciles condiciones. En fin, estaba siempre el recurso de la "composición", es decir de la legalización **a posteriori** de una situación de hecho (ingresos y residencia clandestinos). Este trámite era costosísimo, y por lo tanto tenía éxito fácilmente en los momentos en que el erario español era deficitario, muy difícilmente en condiciones normales (4).

Esta era la situación legal, que tenía poco que ver con la realidad concreta. El mismo Solórzano se queja de que las Indias Occidentales eran pobladas y explotadas por extranjeros de todas las naciones y, lo que es peor, de las que **—dice— se rebelan contra Dios y su Rey.**

Uno de los enemigos del gobernador Irala, Juan Muñoz de Carvajal, escribía a Carlos V que aquel distribuía tierras **"entre sus amigos y panlaguados(...) y entre extranjeros, así franceses como Italianos, como vniclanos y ginoveses y de otras naciones fuera de los reynos de su Majestad"** (5).

Después, las prohibiciones se hicieron cada vez más severas y cada vez más inútiles. Un ejemplo entre muchos: en 1769 un arquitecto, Juan Bautista Pardo, genovés, pedía carta de naturalización presentando como mérito los muchos trabajos realizados en Córdoba del Tucumán (casas e iglesias). Por lo tanto, hacía ya tiempo que residía, a pesar de las prohibiciones, en la América

española. Las necesidades del mercado eran tales, que los transgresores encontraban todas las complicidades. Las reales Cédulas en América tenían el mismo efecto que las "grida" contra los "bravos" que las mismas autoridades españolas emitían en Italia, según nos relata y documenta A. Manzoni en su novela "I promessi sposi".

Pero estas prohibiciones tan poco efectivas sirven para explicarnos la tendencia, por otra parte de por sí natural, a españolizar los apellidos extranjeros, tendencia que dificulta mucho el estudio que estamos haciendo.

Esa tendencia estaba particularmente acentuada entre los italianos, que llegaban con una conciencia más municipal que nacional —puesto que una nación italiana no existía— y trataban de incorporarse al ambiente lo más completamente posible.

Para las colonias españolas de América había, además de este aflujo intermitente de extranjeros a través del comercio regular y clandestino, dos caminos de acceso que podían ser aprovechados por los inmigrantes: el ejército y el clero. Por mucho tiempo, bajo los Habsburgo, flamencos, portugueses e italianos fueron súbditos españoles. Y luego, con los Borbones, disuelto el vínculo directo, subsistió, por lo que a Italia se refiere, el parentesco entre las casas reinantes de España, de Nápoles y Sicilia y de Parma, lo que siguió favoreciendo el trasiego (el rey Carlos III de España había sido antes rey de Nápoles). Así, antes y después del tratado de Utrecht, engancharse en el ejército español fue, para los italianos, un primer modo, atípico y esporádico, de emigrar. Agréguese a esto los vínculos tradicionales entre los puertos, especialmente entre Génova y Cádiz. Más de un italiano, de los que llegaron al Plata en el siglo XVIII, habían nacido en Cádiz, de padre genovés y madre española (6).

Esta infiltración capilar en la base, casi por ósmosis, bastante difícil de detectar a nivel de las personas, es también poco visible a nivel cultural. Habría que estudiar sus indicios en la onomástica, en la ortografía, en el léxico, en el estilo de los documentos escritos.

Italianos vinieron con Gaboto, con Magallanes, con Pedro de Mendoza. Este último, no encontrando suficientes españoles que quisieran colonizar el Plata (donde no había más riqueza que tierra para trabajar) recibió permiso para reclutar a extranjeros. Así un buen número de italianos participó en la primera fundación de Buenos Aires. Uno de ellos, Leonardo Gribeo, fue el primero que bajó a tierra y le dio la mano al comandante de la expedición para que hiciera lo mismo. Y la nueva ciudad fue llamada Santa María de los Buenos Aires por el nombre de un santuario de Cerdeña, que era centro de devoción para los marinos italianos. Más tarde, un Lázaro Gribeo, hijo del anterior, acompañó a Juan de Garay en la segunda fundación de Buenos Aires.

Pero una mayor contribución demográfica italiana aportó a la primera Buenos Aires, a la ciudad de Pedro de Mendoza, la expedición del genovés León Pancaldo (7).

Era éste un marino y comerciante, que se puede considerar el pionero de la principal institución económica de la América Latina colonial, el contrabando. Había participado, junto con una treintena de otros italianos, en la expedición

de Magallanes, pero no tuvo, como Pigafetta, la suerte de embarcarse en la **Victoria**, único barco de la expedición que completó la vuelta al mundo. Era, en cambio, tripulante de la **Trinidad**, que llegó hasta las Molucas, es decir, cumplió la parte principal de la hazaña, pero, por estar en malas condiciones, fue enviada de allí a Panamá. Pancaldo pasó a través de una serie de aventuras en el Pacífico: fue capturado por los portugueses, se fugó con medios novelescos, volvió a caer preso, recuperó la libertad y, desde la India, volvió a Europa, donde fue encarcelado de nuevo. Más tarde, en 1527, lo encontramos, con los demás ex-tripulantes de la **Trinidad**, en Valladolid, para prestar testimonio ante el Consejo de Indias. Luego siguió pasando de una aventura a otra. Para nuestro tema interesa la última, que lo llevó a ser un elemento de cierto relieve en la colonización del Plata.

Partieron de Varazze, en Liguria, dos naves, una, la **Santa María**, al mando de Pancaldo, y la segunda, la **Concepción**, a cargo de otro genovés, con mercadería para el Callao. En la tentativa, esta vez infructuosa, de volver a pasar el estrecho, cruzado una primera vez con Magallanes, se perdió la **Concepción**, y las dos tripulaciones, después de muchas peripecias, fueron a dar a Buenos Aires, fundada dos años antes por Pedro de Mendoza. Las provisiones, destinadas a otro mercado, llegaron a tiempo para contribuir a prolongar la vida de la ciudad hambrienta y acosada por los indios. Pero la **Santa María** quedó varada en la desembocadura del Riachuelo y Pancaldo tuvo que malvender. Murió poco después, no sin antes haber intentado una ulterior aventura entre los indígenas. Sus compañeros, junto con los demás colonos, pasaron a La Asunción cuando Buenos Aires fue abandonada.

Tanto ellos como el mismo Pancaldo debieron destacarse de alguna manera en ese ambiente en formación, puesto que Ruy Díaz de Guzmán se ocupa de ellos en su crónica **Historia argentina**, escrita a principio del siglo XVII y, antes aún, el archidiácono del Río de la Plata, Martín del Barco Centenera, en su poema histórico en octavas, titulado **Argentina**, se refiere a ellos en términos no muy claros, pero llenos de admiración. Centenera llama a los habitantes de la Patagonia "los gigantes de Pancaldo", pues dice que fue éste quien los vio, durante la expedición de Magallanes. El episodio es conocido y el mismo Pancaldo lo refiere, si, como parece, es él el autor del "roteiro" (libro de ruta) de esa expedición.

Pobres versos, los de Centenera, pero interesantes como fuente histórica y por cierto sabor coloquial, de relato de viejo marino. La mención de Pancaldo y los suyos está insertada en la narración de la hazaña de un tal Sarmiento, quien cruzó el estrecho de Magallanes viniendo del Pacífico.

Trató (Sarmiento) con los Gigantes de Pancaldo
que están por cima al puerto de Leones.
Acuérdome yo agora que Givaldo
soldado genovés y con Grimaldo
de su nación, discretos dos varones,
me dijo muchas veces que los viera

desde el navío llegar a la ribera.

Pancaldo fue el primero que los vido,
un genovés astuto marinero.
Uno de ellos decía que metido
había por de dentro del garguero
una muy larga flecha, y no rompido
según que la sacaba, hechicero
Pancaldo le juzgaba, y Per Antonio
decía ser por arte del Demonio.

A este Per Antonio, que de Aquino
se llamaba, le oí aquestas cosas.
De buen entendimiento, buen latino
era y me contaba milagrosas
e increíbles cosas del camino
que Pancaldo llevó, cuando preciosas
y ricas joyas dio a mal despecho
pensando de pasar aquel estrecho.

(Martín del Barco Centenera. "La Argentina y conquista del Río de la Plata"
reimpresión facsimilar de la primera edición de Lisboa 1602. Buenos Aires
1912. Canto XXII.)

En la literatura y en la cartografía de la época, la Patagonia figura a menudo como la tierra de los Gigantes. En cuanto al episodio de la flecha, Pigafetta nos explica que, cuando los Patagones estaban indigestados, se introducían una flecha en la garganta, para vomitar (A. Pigafetta. Primer viaje alrededor del mundo. Madrid. 1957. I tomo. P. 27).

A la Asunción llegaron más tarde, con Alvar Núñez Cabeza de Vaca, otros italianos (de Génova, Florencia, Lucca, Nápoles), soldados y comerciantes en su mayoría. Pero había entre ellos un cirujano y un heraldo que oficiaba también de verdugo (8). Otra figura interesante en ese grupo era la de un Bartolomé Justiniano, que ocupó altas posiciones y desempeñó luego en favor de Irala misiones de carácter diplomático en España y Portugal. Algunos de estos italianos recibieron encomiendas y, a lo mejor, acabaron apoyando a Irala contra Alvar Núñez, defendiendo, con el grito de "¡Libertad, libertad!", sus intereses de encomenderos. Otros, los más, se dedicaban al comercio y, por momentos, a la exploración. En 1558, Bartolomé Justiniano ya mencionado y otros italianos participaron en la expedición exploradora y colonizadora de Nufrio de Chaves entre los indios Xarayes (9).

En la segunda fundación de Buenos Aires la participación italiana fue menor que en la primera. Pero el aflujo de extranjeros, según Enrique de Gandía, aumentó a partir del siglo XVII. Parece que el barrio Palermo se llama así porque un siciliano, Juan Domínguez Palermo, tuvo terrenos por aquellos lados en los primeros años de ese siglo. Pero el punto está en discusión.

Seguramente la participación italiana, aunque numéricamente exigua, al descubrimiento y a la conquista puso una pincelada propia tanto en las luces como en las sombras de la gran empresa. Los Colón, los Vespucci, los Gaboto, los Pigafetta al servicio de España y los aventureros como Pancaldo llegaban formando parte de la misma ola que traía a las nuevas tierras, entre los libros religiosos de los misioneros y entre los brocados de los mercaderes genoveses, ejemplares del **Orlando Furioso** de Ariosto y de la **Jerusalén liberada** de Tasso. Encontramos la cadencia de esas octavas en **La Araucana** de Ercilla y aun en la más modesta y prosaica **Argentina** de Martín del Barco Centenera.

Resumiendo esta parte introductiva, se puede decir que al espíritu épico y a la cultura renacentista de España se mezclaba, en el período aventurero y rapaz de la exploración y de la conquista, una corriente italiana, que pasaba en parte a través de la misma España.

La ley y la realidad en las colonias españolas de América

a) Soldados y comerciantes

Cuando la organización colonial se estabilizó, las cosas cambiaron. La participación en la gran aventura se transformó en un modo, difícil y a menudo peligroso, de emigrar.

Prescindiendo de la inmigración clandestina de los "llovidos" (así se los llamaba), que generalmente llegaban escondidos en los barcos españoles, siguieron afluyendo inmigrantes —hispanos en su mayoría, a los que se mezclaba cierto número de extranjeros— a través de los tres caminos que hemos visto: el comercio, el ejército, el clero. Durante la conquista estos tres medios existían, pero mucho más caóticamente, por la importancia que tuvo, en aquel primer período, la empresa privada. Con el régimen de los Virreyes y Gobernadores, la vigilancia de los puertos se hizo más sistemática (colaboraba el Santo Oficio), y la aplicación de las leyes de monopolio comercial más rígida. Pero el carácter más organizado de la administración fue abundantemente compensado por su corruptibilidad. Aprovechaban esta última especialmente los comerciantes para conseguir licencias. Muchos de ellos, llegados a estas tierras circunstancialmente por negocios, se transformaron en "vecinos". Los viajes eran largos y riesgosos y a veces se renunciaba al retorno, si las colonias ofrecían buenas oportunidades.

Limitándonos al campo italiano, podemos decir que el grado de cultura de estos comerciantes era muy variable, superior de todos modos al de los italianos que venían como soldados, quienes a veces eran analfabetos. Pero había entre unos y otros la característica común del uso del dialecto, que respondía a una conciencia no nacional, sino regional. Muy pocas veces el nombre del que

llega se encuentra en los documentos acompañado por la calificación de italiano. Al lado de "Niculau ytaliano natural de Florencia", encontramos muchos nombres seguidos simplemente por la indicación de la ciudad o de la región de origen: "genovés, natural de Génova, de Nápoles, sardo, veneciano, calabrés, etc.". El mismo interesado proporcionaba los datos y su pronunciación influía en la grafía: Scipione se vuelve Cipión o Siprión... En general, hay una neta mayoría de genoveses.

b) El clero

Muy superior, el nivel cultural y mucho menos marcado el carácter regional, en los italianos que llegaban al Plata como miembros del clero. No se pueden considerar inmigrantes, pues no se integran, no fundan familias y la duración de su estadía no depende siempre de su voluntad; pero su influjo es más intenso que el de los inmigrantes comunes por el terreno especial en que se ejerce su acción y por los estudios preparatorios que ésta presupone. Entre los miembros del clero, tienen para nosotros un interés especial los misioneros, franciscanos y jesuitas, que se lanzan tierra adentro y buscan un contacto con los indígenas esencialmente distinto del que buscaban los encomenderos.

Mientras comerciantes y soldados preferían regiones más ricas como Perú o Méjico, los miembros del clero regular se sentían atraídos por el interior de la cuenca platense. Por lo menos, esto es lo que afirma, en los primeros años del siglo XVIII, el padre Gaetano Cattáneo en una de las cartas que nos transcribe Ludovico Antonio Muratori en su libro "Il cristianesimo felice delle Missioni dei padri della Compagnia di Gesù nel Paraguay".

No quiero detenerme aquí demasiado sobre estos inmigrantes atípicos, ni sobre el espinoso problema de las misiones jesuíticas. Pero me interesa destacar la relevante participación italiana en este curioso ensayo de comunismo paternalista, que se contrapuso a la explotación atroz de los encomenderos y, después de un siglo y medio, terminó como terminan las revoluciones desafortunadas, con una guerra de exterminio, la guerra guaranítica.

Quedó una herencia de arquitectura barroca, de escultura polícroma y pintura mística y escenográfica, de música sagrada... En el campo de la cultura escrita, el aporte de los jesuitas es principalmente científico y erudito: diccionarios y gramáticas de las lenguas indígenas, crónicas e historias, geografías, zoologías, botánicas de las regiones colonizadas. No hay, en cambio, muchos aportes originales en el campo de la creación literaria y del pensamiento filosófico.

Los padres Giuseppe Cataldino (de Fabriano, cerca de Ancona) y Simone Mazzetta, también italiano, que pertenecen a la primera época de las misiones (fundaron en Paraguay el primero la reducción de Loreto y el segundo la de S. Ignacio, en 1610), son los autores del reglamento que rigió luego la vida de esas comunidades. Pero, en los informes que esos misioneros enviaban a Roma (**Cartas anuas**, dirigidas a las autoridades centrales de la Compañía de Jesús) se habla más del espíritu religioso de los indios, del número de matrimo-

nios y bautismos, de la dificultad de imponer la monogamia, del desplazamiento de los padres, que de la organización del trabajo o de la distribución de los productos.

En la Universidad de Córdoba, donde algunos de estos jesuitas enseñaron, y donde muchos de ellos completaban su formación teológica antes de dirigirse a las misiones, reinaba indiscutida la filosofía escolástica impregnada del espíritu que se impuso después del Concilio de Trento. Pero estos jesuitas trajeron al Plata las primeras bibliotecas y organizaron en las misiones las primeras imprentas, a menudo con medios muy precarios. Los libros que introdujeron (si figuran todos —lo que es dudoso— en las listas que nos quedan) tienen un interés casi exclusivamente religioso. Pero, entre los autores italianos en estas listas, al lado de los sermones del padre Ségneri y de las obras de Bellarmino (que predominan), figuran también los escritos de Petrarca, Tasso, Juan Bautista Guarini y Flaminio (estos dos últimos son nombres hoy secundarios en el panorama literario italiano del siglo XVI).

El padre de la historiografía italiana, en la primera mitad del siglo XVIII, Ludovico Antonio Muratori, es un encendido apologista de las misiones jesuitas, que él llama del Paraguay, pero que abarcan la cuenca de los ríos Paraguay, Paraná y Uruguay, rebasando este último en el territorio que entonces formaba parte de la Banda Oriental. **"El cristianismo feliz"** de Muratori es uno de esos libros que, en el siglo del iluminismo, han contribuido a forjar el mito del "buen salvaje". Con la misma mentalidad paternalista, convencidos de poseer, además de la verdadera religión, la civilización en sí misma, y deseosos de hacerla prevalecer sobre la barbarie, partían los misioneros. Y ésa fue la falla invisible de esa poderosa experiencia (10). Muratori, quien, a principios del siglo XVIII, se basa en las cartas que algunos de esos jesuitas italianos enviaban a sus familiares, especialmente en las del padre Gaetano Cattáneo, nos dice que la Compañía enviaba a América a aquellos de sus miembros que deseaban ir. Eran, en general, pioneros, animados de espíritu constructivo y de aventura; al lado de sus funciones de agentes de un inmenso poder político y económico internacional (que en ese entonces empezaba a inquietar a los soberanos), tenían el carácter paralelo de inmigrantes en tierras nuevas y en parte inexploradas. En ellos, la preocupación por la tecnología productiva en condiciones difíciles es a veces tan pronunciada como el ardor proselistista en terreno religioso.

Se ha discutido mucho acerca del régimen comunista que imperaba en las Misiones y que, por otra parte, se limitaba a los indios: los excedentes pertenecían a la Compañía y los historiadores no se ponen de acuerdo acerca de su real empleo. Pero en las reducciones mismas se vivía en régimen de comunidad de bienes. Hay quien sostiene que los jesuitas quisieron realizar en el nuevo continente la "utopía" que de Platón pasa, en el Renacimiento, a Tomás Moro y a Campanella.

Este último, un dominico, mientras se fundaban las primeras misiones, languidecía en una de las cárceles del reino de Nápoles por haber querido realizar esta utopía en su Calabria natal. Su obra famosa, *"La ciudad del Sol"*, no se

publicó hasta 1623, cuando Cataldini y Mazzetta ya habían estructurado las normas de la organización de las misiones, pero la tentativa abortada que hizo que Campanella pasara casi toda su vida en la cárcel remonta a 1599 y sus ideas debían ser conocidas. No es improbable, pues, que la constitución de la ciudad solar estuviera presente en la mente de los fundadores de Loreto y S. Ignacio, allá en la selva, solos entre los indios, pero el factor determinante fue sin duda el hecho de que las tribus guaraníes estaban acostumbradas desde siempre a este tipo de organización. Los padres no hicieron sino adaptarse a la tradición indígena.

La "Utopía" de Moro y "La città del Sole" de Campanella pueden, sí, haber contribuido a que no consideraran como parte de su obra de civilizadores imponer un régimen de propiedad privada y aprovecharan las insólitas circunstancias para realizar la utopía. Por otra parte, hay una componente utopística en todo el proceso del descubrimiento y de la conquista. Los misioneros franciscanos estaban impregnados de las antiguas doctrinas místicas de Joaquín de Fiore; ya en los comienzos del siglo XVI, el primer obispo de Méjico, el padre franciscano Zumárraga, tenía entre sus libros la "Utopía" de Moro y se inspiraba en ella (11).

Por otra parte, las noticias que tempranamente llegaron a Europa acerca del carácter socializante del Imperio de los Incas figuran seguramente, junto con la tradición del cristianismo primitivo, revivida en el primer ímpetu franciscano, y la lectura humanística de las Utopías clásicas, entre las raíces del pensamiento social de Tomás Moro y Campanella. Se trata pues, no tanto de un influjo, como de un encuentro, encuentro de un ensueño multisecular y de una realidad.

¿Cuál fue la contribución italiana a esta aventura, que duró un siglo y medio? No creo que haya una estadística. Pero, entre los jesuitas que fueron a las misiones y se citan en los ensayos históricos sobre el tema que he podido consultar, es decir, entre los que se han destacado en cualquier sentido, he contado a 38 italianos: pioneros como Mazzetta y Cataldino en Paraguay y Mascardi en la Patagonia (explorador y geógrafo, este último); arquitectos como, ya en el siglo XVIII, Prímoli, Petragrossa, Bianchi, Brasanelli; cirujanos como este último, que vino en tal calidad en la expedición de 4.000 indios misioneros que acudió en 1705 a defender la Colonia del Sacramento contra los portugueses; músicos, muy numerosos, entre los cuales el romano Zípoli, compositor; literatos como el sardo Macioni; maestros de artesanías, como Pedro Danesi, que introdujo en las misiones el oficio de relojero... Muchos de estos jesuitas dieron una contribución importante a la lingüística con sus estudios indigenistas.

En el período fundacional de las misiones, algunos de estos jesuitas procedían de Perú, donde ya habían entrado en contacto con la civilización incaica, y los demás venían directamente de Europa. Este último es el caso de la mayor parte de los italianos, quienes se detenían un tiempo en Buenos Aires y luego iban a terminar su preparación en Córdoba. En los últimos tiempos antes de su expulsión, hacían escala también en la recién fundada Montevideo.

L. A. Muratori transcribe la carta que, en 1729, enviaba a su hermano Giu-

seppe desde Buenos Aires el padre Gaetán Cattáneo en viaje hacia las misiones. Entre otras cosas éste dice que en las Canarias se embarcaron en su mismo navío "treinta familias con destino a una nueva Población que por orden del rey se forma en este momento en una playa del Río de la Plata que se llama Monte Video". Iban también en ese viaje otros tres jesuitas italianos, doce franciscanos y un dominico, además de soldados de infantería del ejército español, que iban forzados, pues la tropa no quería venir al Plata (tanto que en Tenerife hubo tentativas de desertión). Después de Tenerife, salieron de su escondite los polizontes, pasajeros clandestinos, que todos los barcos con destino a las Indias llevaban en gran número. Cattáneo no lo dice, pero el barco procedía de Italia, e italianos debían ser casi todos estos inmigrantes ilegales.

El jesuita dice de ellos: "Es gente pobre, pero despierta, que trata de llegar a las Indias en busca de fortuna; no teniendo los 100 o 200 escudos necesarios para pagar el pasaje, se ponen de acuerdo con algún marinero o funcionario de la nave, quien... los esconde... hasta que pasen algunos días después de haberse alejado de tierra... No hay navío que vaya a las Indias, especialmente en la Flota, es decir en los Galeones, que no lleve siempre muchos..." (12).

Hay que decir, por escrúpulo de honestidad, que Furlong, el principal historiador de los jesuitas en América Latina, desacredita bastante las cartas de Cattáneo, pues, dice, contienen muchas inexactitudes. Estas, sin embargo, se encuentran generalmente en las noticias recogidas al llegar a Buenos Aires acerca del ambiente nuevo en el que el religioso iba a entrar y que podían estar viciadas por olvidos o mala voluntad de los informantes. Pero el jesuita no tenía ningún interés en tergiversar lo que vio y oyó, y menos, escribiendo a un familiar.

¿Dónde habrán desembarcado estos clandestinos, estos "llovidos"? Hay evidentemente una historia real de la inmigración que no coincide con la historia oficial. En lo que se refiere al Uruguay, pienso que esa inmigración clandestina, junto con las desertiones que se producían en la guarnición de Montevideo, que, en el momento del viaje del padre Cattáneo se estaba fundando, interesa particularmente para la historia, difícil de reconstruir, del interior del país.

De todos modos, en ese navío en el que llegaba el padre Cattáneo, venían, como en un resumen, las distintas categorías que poblaron estas colonias: clero, ejército, inmigrantes regulares e inmigrantes clandestinos.

El tema del clero daría para mucho. He tomado a los jesuitas como un ejemplo, pero se podría estudiar la contribución italiana al trabajo de los franciscanos o del clero secular. De todos modos, en lo que se refiere a este sector, se trata más de influjo, de aporte cultural, que de integración poblacional, por ra-

zones obvias.

Los italianos en la fundación de Montevideo

Con la carta citada del padre Cattáneo, estamos en el año 1729: ya existe Montevideo. Todo el mundo sabe cómo se pobló: con familias procedentes de Buenos Aires y otras, llegadas en dos tandas de la islas Canarias, todas las cuales, con el tiempo y a través de matrimonios, fueron incorporando a miembros de la guarnición militar, quienes entonces, al cumplir su tiempo, pasaban a ser "vecinos".

Lo que es también sabido, pero no tanto, es que el primero que cruzó el Plata, viniendo de Buenos Aires, en 1723, para establecerse aquí con el visto bueno de Bruno Mauricio de Zabala, fue un genovés de apellido Borghese, quien tradujo ese apellido en Burgués y se casó con María Carrasco. Levantó en esta banda su casa de piedra, tuvo cuatro hijos, y, más tarde, fue cabildante. Sus descendientes perdieron el acento y hoy la calle que lo recuerda se llama Burgues. Fue el primer habitante civil de Montevideo. Al trazar la planta de la ciudad, de 32 manzanas, le tocó la manzana nº 3, entre las calles que hoy se llaman Piedras y Cerrito (13). Parece que allí mismo había edificado su primera vivienda (14).

Doscientas personas habitaban, en los años de la fundación, esas 32 manzanas. A los 40 años, con la contribución demográfica de los soldados de la guarnición, algunos aportes de los países limítrofes y los nacimientos, eran poco más de un millar, todos criollos o españoles, excepto una minoría de portugueses y una, aún más exigua, de italianos. Estos últimos constituyen nuestro tema.

Apolant, en su libro: "Génesis de la familia oriental" estudia el desarrollo de la nueva ciudad sobre la base de la documentación parroquial: bautizos y matrimonios. Hasta los últimos años del siglo, se cuentan en Apolant 32 italianos que, llegados como miembros del ejército español, contraen matrimonio con mujeres montevidéanas y se quedan. Si contamos también los testigos, llegamos a 43, pero de estos últimos no se sabe si se avecindaron en la nueva ciudad o volvieron a Europa. Naturalmente los solteros y los que se llamaban amancebados no figuran en esta lista y pueden ser muchos. Se trata, de todos modos, de una minoría, que, sin embargo, tiene su peso, dada la exigüidad de la población montevidéana en el siglo XVIII, es decir en los primeros 70 años de vida.

El libro de Apolant se presenta como árida documentación y, quien simplemente lo hojee, no se siente invitado a la lectura; pero, si se entra en la selva de los datos y de las citas, se vuelve fascinador, por lo que dice y por lo que permite adivinar.

Limitémosnos a algunos italianos. Uno solo, cierto Gazzo, originario de Par-

ma, llegado como los demás en el ejército español, se casa con una indígena (dos mil indios Tapes, de las misiones jesuíticas habían venido para la construcción de las murallas). Tales matrimonios no eran frecuentes, pero ¿cuántos soldados y, entre ellos, cuántos italianos, poco dados a preocuparse por diferencias raciales, vivían con indígenas sin casarse formalmente?

El nivel cultural de la mayoría probablemente era bajo, seguramente era dialectal (no es lo mismo). Un Juan Camilo Trápani, que se casa con una hija de canarios y es padre de José, Pedro y Jacinto Trápani, tan importantes en la historia de la independencia uruguaya, declara haber nacido en la villa de Mita, obispado de **Sorriente** (Sorrento), en el reino de Nápoles. Quien se casa como Angel María Restuliani, de Padua, figura en otros documentos como nativo de Milán. En su testamento, dice llamarse Angel María Rustiliani, natural de la ciudad de Padua, en el reino de Venecia. El caso es bastante raro, dado el orgullo con que generalmente los vénetos se proclamaban ciudadanos de su república. Un Gamba se declara nativo de Malfi (Amalfi), un Federico dice haber nacido en Casalmonfrá (Casale Monferrato) en Piamonte. Los apellidos se españolizan: **Rovere** se vuelve **Robles**, **Bevilacqua**, nacido en Cádiz de padre italiano, se firmará a veces **Bebelagua**.

La españolización es natural. Menos natural y, parece, más deliberada, es la diversidad de datos para la misma persona, que ya se declara nativa de Padua, ya de Roma, o bien invierte los apellidos de los padres (ejemplo: un Antecheli, que a veces es hijo de José Antecheli y Antonia Díaz, a veces de José Díaz y Antonia Antecheli, o un Gatto Lombardini, que una vez figura como genovés, hijo de Matteo Gatto y Nicolasa Bianchi y otras como romano, hijo de Nicolasa Bianquizina). Esto da qué pensar. Es probable que a veces el enganche en el ejército español fuera, además de una forma de emigración, una especie de refugio de pecadores, como hasta no hace mucho la legión extranjera francesa.

Entre estos pobladores de los primeros 70 años de vida montevideana (1730-1800) encontramos, además de Trápani, otros nombres conocidos o relacionados con personas o lugares conocidos: un Toscano, que fue abuelo materno de Rivera, un Juan Domingo Bianchi, de Novi Ligure, abuelo materno de Acuña de Figueroa, un Juan Bautista Crosa, que, según la partida de bautismo de un hijo, había nacido en Piñerol, Piamonte. Se trata de Pinerolo, transmitido al párroco en dialecto piamontés. De ahí el apodo de **Peñarol**, que de él pasó a sus numerosos descendientes, quienes a su vez lo transmitieron a esa localidad suburbana de Montevideo. Un Félix Modesto Crosa Peñarol, nieto del inmigrante, fue militar de la independencia y un hermano suyo, Narciso Crosa, alias Peñarol, se casó con María Petrona Artigas. Volviendo al abuelo inmigrante, Juan Bautista Crosa, que fue pulpero, parece haber sido el único, entre todos estos italianos, que tuvo que presentar el documento de "pureza de sangre", que las leyes exigían antiguamente a los que querían "pasar a las Indias". En España era un certificado que probaba que el interesado era "cristiano viejo", es decir no tenía antepasados moros ni judíos. Pero las autoridades municipales de Pinerolo certifican solo que Juan Bautista Crosa pertenecía a una fa-

milia antigua y respetada del lugar, siendo hijo del abogado Francesco Crosa, radicado en aquella ciudad (15).

Al filo del nuevo siglo, se incorpora con atraso a esta lista de italianos fundacionales o semifundacionales, y figura por lo tanto en Apolant, un florentino, Felipe Contucci, que se casará con una hija de Oribe y desempeñará un papel importante, junto con los hijos de Trápani, en la historia uruguaya del período de Artigas y del siguiente.

En cuanto a las ocupaciones de esta minoría italiana que estamos tratando de seguir, los datos escasean. Tuve la oportunidad de consultar, gracias a la generosidad de Esther Dosil de Ramírez, el archivo del historiador Arbelio Ramírez, cuya vida ha sido truncada tan cruelmente al principio del proceso dictatorial que acaba de ensombrecer nuestro país. El estaba investigando el panorama ocupacional del Montevideo colonial sobre la base de los documentos del Archivo General de la Nación. Su trabajo, complementario del de Apolant, quedó incompleto. De sus fichas pude extraer una lista de italianos residentes en Montevideo en el período 1726-1800, que comprende a los registrados por Apolant y a muchos otros que, no habiendo pasado por la iglesia, en Apolant no figuran. A pesar de esto, es una lista incompleta, pues Ramírez estaba en la primera etapa de su trabajo. Por otra parte, puede haber algún nombre de más, porque no siempre el apellido, evidentemente italiano, está seguido por la indicación del lugar de nacimiento; y sabemos que había familias italianas establecidas en España desde hacía varias generaciones y que muchos genoveses dejaban descendencia en Cádiz como consecuencia de matrimonios no siempre registrados. "No están todos los que son, no son todos los que están". Pero la depuración, si fuera posible, afectaría, sin duda, muy pocos casos.

La lista comprende 112 nombres, de todas las regiones de Italia, con neta prevalencia ligur. La ocupación principal esaba naturalmente relacionada con la tierra: agricultura y ganadería; pero hay también 7 pulperos, 6 comerciantes, 2 zapateros, 1 panadero, 1 cafetero, 1 fideero, 1 repostero, 1 herrero, 2 sacerdotes. Varios fueron, en ocasiones, cabildantes.

De un Antonio Fagiani, romano, encontramos documentada la especialización en relojería. Había llegado como artillero. Pero en 1769 el Cabildo pide al Comandante General que lo dé por "reformado del Real servicio", "para que, desembarazado, pudiera (como lo está haciendo) cuidar de la conservación y uso, tan útil al público, del reloj de esta ciudad, única alhaja de aprecio que cuenta por patrimonio". Por esto cobraba el maestro de herrero Antonio Fachiani (sic) una gratificación mensual de pesos cuatro (16).

Un Pedro Jordán de Palermo, apodado "el siciliano", tenía una lancha que hacía viajes regulares entre Montevideo y Buenos Aires. Lo sabemos, porque en 1753 fue herido en un incidente por otro marinero, y ha quedado un legajo

al respecto (17).

Buenos Aires y el río

Para Buenos Aires y para las demás ciudades de la cuenca platense nadie —que yo sepa— ha hecho el trabajo que hizo Apolant para Montevideo. Para la Buenos Aires del siglo XVI, tenemos, en lo que se refiere a los italianos, un librito de Enrique de Gandía: *Los primeros italianos en el Río de la Plata* (18), que llega a tratar el tema hasta el año 1600. Después de ese año —dice— ese estudio, si se quisiera hacerlo con exactitud, se volvería imposible. El no pensó en utilizar los libros parroquiales, que permiten, para la población que se casa oficialmente y registra a los hijos, una especie de censo retrospectivo. Pero, para Buenos Aires, de población ya relativamente numerosa en la época colonial, creo que solo ahora se podría hacer ese censo con la ayuda de una computadora.

Las estadísticas oficiales dan la cifra de 82 italianos en la capital del virreinato en vísperas de la Revolución de Mayo (19). Pero, evidentemente, esta estadística no tiene en cuenta a todos los "llovidos" que se sustraían al recuento. La proporción de apellidos italianos en las distintas actividades que se mencionan en los más diferentes campos hace pensar en un trasfondo con una contribución italiana bastante mayor. Piénsese solo que, entre las grandes figuras de la Revolución de Mayo, Belgrano, Alberti, Castelli, Beruti (Berutti) y, en terreno literario, Esteban de Luca eran hijos de italianos (20) y, antes, encontramos apellidos italianos en la resistencia a las invasiones inglesas y entre los imputados por la conspiración de 1795 contra las autoridades españolas (21).

Entre Buenos Aires y Montevideo, el río. Se tiene la impresión de que las autoridades coloniales nunca hayan tenido el pleno contralor del estuario del Plata, del delta, del curso del Uruguay. En un determinado momento, ya entrado el siglo XIX, los viajeros nos cuentan que la navegación fluvial estaba en gran parte en manos de genoveses o, por lo menos, de marinos que se llamaban sardos, es decir procedentes del reino de Cerdeña, al que pertenecían Piamonte y el territorio de Génova.

¿Desde cuándo? Es imposible saberlo. Ya en la época colonial muchas naves "sardas" llegaban al puerto de Buenos Aires y de Montevideo (22) y las desercciones no debían ser infrecuentes. Río arriba (me refiero al Uruguay) era intenso el contrabando, que es una actividad que nunca queda documentada y de la que es difícilísimo hacer historia. Había además siempre, en las dos orillas, marinos disponibles en espera de enganche. En ese mundo fluctuante abundaban, parece, los genoveses.

Tomemos un ejemplo de la historia más conocida, aunque algo posterior al período aquí considerado: la expedición de los Treinta y Tres orientales (23). En la fase preparatoria, desde Buenos Aires se remitieron a Montevideo diez y ocho onzas de oro para ganar a la causa de la lucha contra la dominación brasileña al regimiento de pernambucanos. Se encargó de llevar la suma a destino

el capitán de la goleta de la carrera llamada **La Pepa**, que era Jerónimo Sciurano, genovés. Sus compañeros, que debían ser del mismo origen, lo llamaban **Chentopé** (Ciempiés). Mas tarde, un Santiago Sciurano, acaso el hijo de éste, fue uno de los dos jefes de la Escuadrilla nacional, hasta 1838. Otro genovés, Luigi Sacarello, era el botero de uno de los dos lanchones con que los Treinta y Tres cruzaron el río. Había sido reclutado para la ocasión, junto con otros tres italianos y tres criollos. Sacarello había llegado a los 15 años a Buenos Aires y ya había participado en las luchas de Brown contra el Imperio del Brasil. Morirá siendo carpintero, en las postrimerías del siglo, en Concepción del Uruguay (24).

En el proceso de la Independencia

En vísperas de la independencia argentina y en los 20 años que separan la Revolución de Mayo de la independencia del Uruguay, es decir, **grosso modo**, en los primeros treinta años del siglo XIX, hay un gran cambio en el Plata: se sienten, con el consabido atraso (el Atlántico se puede traducir en una distancia temporal de unos veinte años), las consecuencias culturales de la Revolución Francesa, cuyo neoclasicismo plutarquiano se mezcla con las primeras oleadas del romanticismo. Al mismo tiempo, el monopolio comercial español, ya atenuado en lo legal y erosionado por el contrabando, desaparece con la independencia y, a fines de la tercera década del siglo, Rivadavia, en la Argentina, abre de par en par las puertas a la inmigración, aún más, la alienta y subvenciona. Y cuando Rosas, en la cuarta década, cierra esas puertas, la ola inmigratoria se intensificará para el Uruguay. Pero, para todo el treintenio no tenemos cifras precisas.

Después de las invasiones inglesas, en la atmósfera que en la Argentina incubaba y envuelve la Revolución de Mayo, el repudio de la dominación española se traduce en una avidez cultural orientada hacia toda la Europa occidental, a la vez que se revaloriza la tradición indígena. Pero esta última veta, fecunda en otros países de la América Latina, en el Plata era absolutamente artificial.

En esa nueva atmósfera, se produce el curioso fenómeno de la popularidad que alcanzó, en ambos márgenes del Plata, el teatro trágico de Vittorio Alfieri. ("Bruto primo", traducido con el título de "Roma libre"; "Filippo", traducido en versos por Esteban de Luca con el título de "Felipe II"; "Virginia", traducida por Juan Cruz Varela en prosa; "Sofonisba", "María Stuarda", etc.) (25). La fama de Alfieri había sido precedida, en tiempos más tranquilos, es decir en la última fase de la era colonial, por la de Goldoni, del que se representaban frecuentemente algunos títulos (25). Pero lo más interesante es que, a veces, estas y otras obras de teatro de autores italianos, como el "Aristodemo" de V. Monti, se representaban, tanto en Buenos Aires como en Montevideo, en el idioma original, lo que deja suponer la existencia de una nutrida colectividad italiana.

En Montevideo, antes de que existiera verdaderamente un teatro, en el pe-

riodo que sigue a la expulsión de los jesuitas (1767), se difundió mucho en su texto italiano y fue luego traducida la comedia de Goldoni "Il burchiello da Padova", del que la gente memorizaba largos trozos, pues se prestaban para expresar el descontento de una parte de la población por esa medida gubernamental (27). Más tarde, en el momento del entusiasmo revolucionario, se representa en italiano en Buenos Aires "Bruto primo" de Alfieri (28). Sobre tales representaciones de autores italianos (Alfieri, Monti, Pellico) en Montevideo en el idioma original estamos mucho más documentados, pero todo lleva a pensar que en Buenos Aires la receptividad del ambiente no fuera muy distinta. En general se trataba del esfuerzo de compañías de aficionados locales de origen italiano.

Cuando surge la prensa y adquiere, con las luchas por la independencia y por su consolidación cierto volumen, se empiezan a encontrar colaboraciones en italiano. Habrá más adelante una prensa completamente italiana, que tiene en el Plata una nutrida historia en la segunda mitad del siglo. Pero ya en 1832, en "El patriota" de Montevideo, encontramos unos versos, titulados "Oda patriótica", horrorosos, pero en italiano correcto, de un señor Paolo Caccianiga. Va una estrofa como ejemplo:

*Viva l'Italia,
l'invitta, la forte!
Per la patria
giuriamo morir. (29)*

"Viva l'Italia!" era un grito subversivo, en Italia, en 1832. Lanzado aquí, conservaba su intensidad, pues era el grito de un desterrado, el lema de la inmigración italiana de ese momento. Incluía, en ese entonces, un "Viva la libertad!"

Los hombres de ciencia y de letras que había reclutado Rivadavia entre los "fuorusciti" italianos de entonces en Francia y en Inglaterra estaban todos o casi todos bajo el peso de grandes condenas por haber participado en los movimientos de 1821: el médico y físico Pedro Carta, Pedro de Angelis, ex preceptor de los hijos de Murat, que introdujo la filosofía de Vico en la Argentina y fue uno de los pocos intelectuales que apoyaron al gobierno de Rosas, el químico Ferraris, el matemático y astrónomo Mossotti y otros menores.

Unos años más tarde, llegó a Brasil, huyendo también él de las persecuciones del gobierno sardo, el ligur Juan Bautista Cúneo, que tanto trabajó para difundir los ideales de Mazzini, antes en el mismo Brasil, luego en Buenos Aires y en Montevideo, adonde se trasladó, haciendo de S. Juan Bautista de la inminente gesta garibaldina. Con él y, en la vereda de enfrente, con Pedro de Angelis, entramos en el ámbito de los acontecimientos en los que se vio mezclado, luego, Garibaldi y que, por lo tanto, constituyen el límite terminal de nuestro tema de hoy.

En vísperas de la llegada de Garibaldi, en 1840, José Ellauri, enviado por el gobierno uruguayo a Europa, como ministro ante todos los gobiernos y particularmente como plenipotenciario ante el de Turín, escribía al Ministerio de

Relaciones Exteriores subrayando la conveniencia del tratado que estaba a punto de firmar con el gobierno sardo: "Este procedimiento parece estar indicado por el aumento que el comercio sardo va tomando hoy en la República y la gran población que de aquel país emigra a éste diariamente" (30).

Estamos, pues, inmediatamente antes de la Guerra Grande, en presencia de un creciente aflujo inmigratorio italiano al Uruguay, que, junto con el francés, va a dar esa fisonomía tan particular al Montevideo de la Defensa, el Montevideo en el que actuará Garibaldi.

Era una inmigración que asustaba a las autoridades consulares que el reino de Cerdeña mantenía en Buenos Aires y también a las que, con el tiempo, se establecieron en Montevideo. Algunos de estos refugiados volverán a Italia para combatir con Garibaldi. La mayor parte se quedó. Para ellos, como más tarde para otros desterrados, el país del exilio se convirtió en la tierra de la esperanza.

NOTAS

- (1) **Benedetto Croce** – "España en la vida italiana del Renacimiento" B. Aires, 1945. pp.; 111-113.
- (2) **José María Ots Capdequí**. "Manual de historia del derecho español en las Indias". Losada. B. Aires. 1945. p. 189.
- (3) Citado en **Capdequí**. Obra cit. p. 186, n.l.
- (4) **Capdequí**. Obra cit. p. 188.
- (5) **Enrique de Gandía** "El origen de los nombres y apellidos." Ed. La Facultad, B. Aires, 1930. p. 192.
- (6) En: **Apolant**. "Génesis de la familia uruguaya". ED. Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Montevideo, 1966, encontramos unos cuantos ejemplos. En 1796 contrae matrimonio en Montevideo un Juan José Parodi, nacido en Cádiz de Francesco Parodi, italiano, y Manuela García (p. 468); poco antes, en 1789, se casa José Andrés Fonticelli, nacido en Cádiz de Bartolomé Fonticelli, italiano, y una gaditana (p. 479). Nacieron en Cádiz también un Agrigenti (p. 587) y un Bevilacqua (p. 190). Se da también el caso contrario: un José María Galup, quien contrae matrimonio en 1775, nació en Génova de padres catalanes (p. 641).
- (7) **Ricardo Picirilli, F. Romay, L. Giannelli**. "Diccionario histórico argentino" Ed. Historia argentina. V. tomo. B. Aires, 1954. Voz: León Pancaldo.
- (8) **Enrique de Gandía**. "Los primeros italianos en el Río de la Plata." B. Aires, 1932. p. 50.
- (9) *Ibidem*. pp. 41-57, *passim*.

- (10) Véase sobre esto el libro del padre **Bertolomeu Meliá S.J.** "Guaraní conquistado y reducido", Asunción, 1986, que estudia esta tensión interna en las Misiones y ve en la persistente danza ritual de los indígenas una sorda forma, acaso inconsciente, de resistencia cultural, de tentativa de preservar su "modo de ser" tradicional.
- (11) **Richard Konetzke.** "América Latina. La época colonial." Ed. Siglo XXI. Mexico, 1974. p. 248.
- (12) **Ludovico Antonio Muratori.** "Il cristianesimo felice" Venezia, 1752. p. 322.
- (13) **Oreste Araújo.** "Diccionario popular de Historia de la Rep. Oriental del Uruguay." Ed. Dornaleche y Reyes. Montevideo, 1901. Tomo I, p. 436. Véase también: "**Isidoro de María**". Montevideo antiguo. "Tradiciones y recuerdos". Bibl. Artigas (Ministerio de Instrucción pública). Montevideo, 1957. Tomo I, p. 7 y ss.
- (14) Esto afirma **Luis Enrique Azarola**, en su "Los orígenes de Montevideo (1607-1749)". B. Aires, 1933. p. 122. Otros sitúan esa primera instalación de Burgues en la Aguada.
- (15) **Apolant.** Obra cit. p. 566.
- (16) **Apolant.** Obra cit. p. 862.
- (17) **Apolant.** Obra cit. p. 536.
- (18) B. Aires, 1932.
- (19) **Varlos.** "Los italianos en la Argentina". Ed. Fondazione Agnelli. B. Aires, 1983. Cap. "Origen y destino de los italianos en la Argentina", por Mario Nascimbene. p. 71.
- (20) **Emilio Zuccarini.** "Il lavoro degli italiani nella Repubblica Argentina" Ed. La patria degli italiani. B. Aires, 1910, y **Jorge Sergi.** "Historia de los italianos en la Argentina". B. Aires, 1940.
- (21) **Gino Dorla.** "Giacomo Antonini, orologiaio e diplomatico". Nuova Rivista Storica. Anno XXV. Fascicolo VI. 1941. p. 234.
- (22) Ver, a este respecto, las cartas del acaudalado comerciante español Santa Coloma, citadas por **Enrique de Gandía** en su "Buenos Aires colonial" (Ed. Claridad. B. Aires, 1957. p. 45): "Cuatro (embarcaciones)... han llegado de Génova... para cargar a su retorno". En otra carta de 1805, citada a p. 75, Santa Coloma dice que, a pesar del bloqueo inglés, muchísimas naves, entre las cuales muchas sardas, llegaban al puerto de Buenos Aires.
- (23) **Enrique de Gandía.** "Los Treinta y Tres orientales y la independencia del Uruguay" Espasa-Calpe argentina. B. Aires-México, 1939.
- (24) Ibidem. pp. 168 y 177.
- (25) **Evi Camussi.** "Il teatro", publicado en el libro colectivo: "Influenza della filosofia, della letteratura e della lingua italiana nella cultura del Río